

amarle por él, no le habré amado más que por mí? ¿Queréis llamar, General, para que me conduzcan á mi cuarto?

Y cuando en la misma butaca fué trasladada á la otra pieza y recostada en su cama,

—Mamá—dijo á la señora de Castel,—separa las cortinas para que vea sus ventanas.

Luego, y como Huberto no había cerrado las maderas de su cuarto, veía pasar y reparar su sombra.

—¡Ah, mamá!—exclamó,—¿por qué crecerán los niños? Antes no hubiese tenido una pena sin venir á llorarla á mis brazos, como yo lo hago contigo, y ahora...

—Ahora no es más razonable que su madre—dijo la anciana señora, que no había hablado casi nada en toda la tarde, y que, dando un beso en los cabellos de su hija, la hizo callar, pronunciando esta frase, en la que se revelaba su propio martirio:—Yo sufro por los dos.

X

Cuando por la mañana la señora de Liauran pidió noticias de su hijo, éste contestó que bajaría á la hora del almuerzo.

En efecto, á las doce se presentó en el comedor. La madre y el hijo no cambiaron más que una mirada, y en seguida comprendió ella la extensión del sufrimiento que el joven había experimentado sólo por la especie de estremecimiento de que fué presa al volverle á ver.

Estaba asociada, como ocasión, si no como causa, á aquel sufrimiento, y él no había de olvidarlo nunca.

Sus ojos tenían un no sé qué de tan particularmente distante, su boca un pliegue de labios tan cerrado y todo su rostro manifestaba tan claramente su firme voluntad de no admitir ninguna explicación, que ni la señora de Liauran ni la señora de Castel se atrevieron á preguntarle nada.

Aquellos tres seres habían tenido desde hacía un año muchas comidas silenciosas en el mismo comedor, todo cubierto de tapices antiguos, vasto salón que hacía parecer pequeña la gran mesa redonda colocada en su centro. Pero ninguno de los tres había experimentado nunca, como aquel día, la impresión que había de reinar en adelante entre ellos, aunque se hablasen; un silencio imposible de romper, algo que no se formularía y que interpondría durante mucho tiempo entre ellos un secreto mutismo, aun bajo la forma de sus más cordiales expansiones.

Cuando después del almuerzo, Huberto, que no hizo más que probar los platos, cogió el botón de la puerta para salir del comedor, en el que apenas había permanecido diez minutos, su madre experimentó un tímido y casi repentino deseo de pedirle perdón por la pena que leía en su taciturno rostro.

—¡Huberto!—dijo.

—¡Mamá!—contestó volviéndose.

—¿Te encuentras bien hoy?—preguntó la madre.

—Perfectamente—contestó él con voz seca, con una de esas voces que suprimen de repente toda posibilidad de conversación;—esta tarde seré puntual á la hora de comer.

Una preocupación singular se había apoderado del joven. Después de una noche, de un tormento tan continuamente agudo que no recordaba haber sufrido nunca nada parecido, logró hacerse de nuevo dueño de sí mismo. Había atravesado la primera crisis de su pesar, después de la cual no se muere ya de desesperación, porque se ha llegado realmente al fondo del dolor. Después había recobrado esa calma momentánea que sucede á las prodigiosas pérdidas de fuerza nerviosa, y había podido pensar. Entonces había sido cuando le había asaltado una viva inquietud respecto á la señora de Sauve; inquietud desprovista de ternura, pues en aquel momento, después de la terrible batalla que acababa de sostener, tenía el alma agotada, su letargia interior era absoluta y no le quedaban ya fuerzas para sentir más.

Pero recordó de pronto que había dejado á Teresa en el piso bajo de la calle de Friedland, y su imaginación no osaba formar conjeturas sobre lo que habría pasado después de su partida. Esta idea le había asaltado precisamente á la terminación del almuerzo y le había hecho sentir en seguida, á pesar de su dolor fundamental, la única emoción de que era capaz, un estremecimiento de terror nervioso.

Salió y se fué directamente desde la calle de Vaneau á la Avenida. Cuando se encontró delante de la casa no se atrevió á entrar, por más que tenía la llave en la mano. Llamó al portero, persona á quien no hablaba nunca sin repulsión, porque le disgustaba altamente su cínicó rostro, su mirada servil é insolente á la vez y su tono de cómplice pagado con esplendidez.

— Pido mil perdones al señor — dijo aquel hombre antes que Huberto le hubiese interrogado. — No sabía que la señora estuviese aún dentro. Vi salir al señor; entré por la tarde para dar un vistazo á la casa, como lo hago todos los días, y encontré á la señora sentada en el canapé. Parecía sufrir mucho. ¿Está mejor hoy, señor? — añadió.

— Está ya bien — contestó Huberto, y como experimentase súbitamente una invencible repugnancia á entrar en la habitación, y como, por otra parte, quería á toda costa evitar en lo posible que se mezclase en sus asuntos aquel hombre, tan antipático para él, y mucho más que sospechase nada del drama de su vida, replicó:

— He venido para arreglar nuestra cuenta. Tengo que hacer un viaje...

— Pero, señor, si ya me habéis pagado á principios de mes — dijo el portero.

— Tal vez esté ausente mucho tiempo — replicó Huberto sacando un billete de Banco de su cartera. — Guardad eso á cuenta.

— ¿No entra el señor?

— No — contestó Huberto, que se alejaba diciéndose:

— ¡Qué necio soy! ¿Acaso se matan las mujeres de esta especie?

¡Las mujeres de esta especie! Esta fórmula calificativa que había acudido naturalmente á su espíritu, al espíritu de aquel joven hasta entonces tan cándido, tan dulce y tan delicado, traducía bien la especie de sensación que le dominaba en aquel momento, y que duró varios días. Era un disgusto inmenso, una angustia íntima; pero tan completa, tan profunda, que no dejaba lugar para otro sentimiento en su corazón. No hubiera sabido decir si sufría; tan absoluto era el desprecio que absorbía todas las fuerzas vivas de su sér. Veía á aquella mujer, á la que tan religiosamente y con tan noble fervor había idolatrado, como sumergida en tal abismo de maldad, que creía que él mismo, por el solo hecho de haber sido su amante, había caído también en el lodo.

Esta era la visión física de que entonces era víctima desde el principio hasta el fin del

día, hasta el punto de que no le era posible interpretar ni formar hipótesis ninguna sobre el carácter de Teresa. Esta visión se manifestaba en él bajo una forma material, que llegaba hasta la alucinación. Si, le parecía presenciar el acto, sólo el acto, sin encontrarse con fuerzas para sacudir aquella horrorosa, aquella asediante imagen. Tan terrible espectáculo le paralizaba de horror, y sin embargo, no podía pensar más que en él. Una especie de espejo, no interrumpido, le presentaba el engaño de su amada, el execrable borrón, y como el atacado de ictericia ve todos los objetos á través de la bilis que inyecta sus ojos, así se le aparecía á él toda la vida á través de su terrible disgusto. Su alma estaba como saturada de amargura, y sin embargo, terriblemente seca. No había ninguna impresión que no se transformase para él en aquel sentimiento de lo sucio y de lo triste. Se levantaba y pasaba la mañana con sus libros, abriéndolos y cerrándolos, pero sin leerlos. Almorzaba, y la presencia de su madre, en vez de enternecerle, crispaba sus nervios. Volvía á su cuarto y hacía lo mismo que por la mañana. Comía, y en seguida abandonaba el salón, á fin de no encontrarse con el General ni con su primo, cuya presencia le era insoportable.

Durante la noche se desvelaba, y continuaba viendo la escena maldita, con la misma imposibilidad de conseguir la disminución del sufrimiento. Si se dormía, se veía obligado á soportar casi constantemente la pesadilla de aquella misma visión. Como no tenía idea de la fisonomía del hombre con quien Teresa le había engañado, surgían en un morboso sueño horribles pesadillas, en las que veía mezclados toda clase de rostros con las más diversas y grotescas expresiones. El malestar que le producía aquella continua pesadilla le despertaba. El sudor inundaba su cuerpo, y sentía un dolor en su pecho, como si su corazón, que latía muy deprisa, se fuese á romper. A través de aquel sufrimiento continuaba la misma postración de sus poderes afectuosos, tan completa que ni se inquietaba siquiera por saber lo que habría sido de Teresa.

—¡Después de todo—se decía una mañana al levantarse,—yo vivía perfectamente antes de conocerla! No tengo más que remontar mi pensamiento al estado en que me encontraba antes del 12 de Octubre—recordaba perfectamente la fecha.—No hace más que un año; ¡estaba tan tranquilo entonces! He tenido un mal sueño y á eso queda reducido todo. Pero

es preciso destruir todo lo que pueda traer á mi memoria esos recuerdos.

Se sentó delante de una mesa de despacho, después de haber echado de nuevo leña en la chimenea, á fin de activar la llama, y de haber cerrado la puerta con cerrojo. Recordaba involuntariamente que hacía lo mismo en otras ocasiones, cuando quería ver el querido tesoro de sus reliquias de amor. Abrió el cajón en que aquel tesoro estaba oculto: consistía en un cofrecito de tafíete negro, en cuya tapa se veían enlazadas dos iniciales: una T y una H. Teresa y él habían cambiado dos cofrecitos iguales para conservar ellos sus cartas. En el que había regalado á su amada, en vez de las iniciales, había hecho gravar el nombre de Teresa. «¡Qué niño he sido!», pensó á la idea de las mil pequeñas delicadezas de aquel orden á que se había entregado. En efecto, siempre hay puerilidades en las extremas delicadezas; pero nunca piensa uno así hasta el día en que está en camino de que se le endurezca el corazón.

Al lado de aquel cofrecito descansaban dos objetos que Huberto había arrojado allí la misma noche del día en que supo la traición de Teresa: uno era su sortija, el otro una cadena pequeña de oro, de la que colgaba

una llavecita. Cogió en su mano el pequeño anillo y miró, á pesar suyo, su superficie interior. Teresa había hecho gravar en ella una estrella y la fecha de su estancia en Folkestone. Aquella sencilla inscripción evocó repentinamente ante Huberto una perspectiva indefinida de reminiscencias; le pareció ver la puerta del hotel, la escalera y su alfombra encarnada, el salón en que comieron, el mozo que les sirvió con su rostro de respetabilidad británica, su labio afeitado y sus largas patillas. Le parecía oírle decir: *Y beg your pardon*, y creía percibir la sonrisa de Teresa. ¡Qué languidez flotaba entonces en sus ojos, en aquellos ojos cuyo matiz gris verde parecía en aquellos momentos fundirse, anegarse en un completo abandono del sér íntimo, en aquellos ojos en los que dormía un sueño que parecía invitarle á ser el objeto soñado!

Huberto puso maquinalmente la sortija en su dedo, y luego la arrojó casi con cólera en el cajón, contra la madera del cual saltó el metal con chillón sonido.

Para abrir el cofrecito tuvo necesidad de tocar la cadena. Era una especie de collar de gusto antiguo, que procedía de Teresa. Él le había regalado el brazalete, del cual pendía la llave de la habitación teatro de sus

clandestinas citas, y ella le había dado aquella cadena para que llevase pendiente de su cuello la llave del cofrecito.

Había guardado aquel escapulario de amor meses y meses, y con frecuencia le sucedió buscar con la mano la pequeña alhaja debajo de su camisa, para hacerse un rasguño clavándose la contra el pecho y acordarse de aquel modo del tierno misterio de su embelesadora felicidad. ¡Cuán lejos le parecía en la actualidad aquella embriaguez! ¡Cuán lejos y cuán perdida en el abismo de un pasado del que se escapaba tan horrible olor de muerte! Cuando levantó la tapa del cofrecito puso los codos encima de la mesa, y con la frente entre las manos contempló lo que quedaba de su felicidad: aquellas pequeñeces tan insignificantes para otro y tan llenas de encanto para él: un pañuelo bordado, un guante, un velito, un paquete de cartas y otro de despachos azules, colocados unos sobre otros y formando como un pequeño libro de ternura.

Los sobres de las cartas habían sido abiertos con mucho cuidado, y el papel de los despachos parecía intacto.

Todos aquellos pequeñísimos detalles recordaban y volvían á recordar á Huberto los escrúpulos de piedad amorosa que había ex-

perimentado ante todo lo que procedía de su querida.

Además de las cartas y de los despachos tenía un retrato de ella, en el que se la representaba vestida con el traje que llevaba en Folkestone: una sencilla chaqueta de paño y un sombrero ancho que proyectaba su sombra sobre la parte alta del rostro. Se había hecho retratar así con el solo objeto de dar aquel recuerdo á Huberto, y al entregársele le había dicho:

—¡He pensado tanto en nosotros mientras me retrataban!... ¡Si supieses cuánto te ama este retrato!...

Y Huberto se sentía realmente amado por aquella imagen. Le parecía que del perfil de aquel rostro, de aquella pequeña boca, de aquellos ojos que parecían soñar, se escapaba un tierno efluvio y le envolvía. Entonces fué cuando, al lado de la visión de la perfidia, empezó á erguirse de nuevo la visión del amor de Teresa.

Si bien sabía evidentemente, por su confesión, que aquella mujer le había engañado, también sabía por sus recuerdos que le había amado, que le amaba aún. Le pareció volverla á ver tal como la había dejado en el diván de su querido asilo, con el rostro con-

vulso y surcado por silenciosas lágrimas. ¡Ah, qué lágrimas! Por primera vez, desde aquel momento fatal, se dió cuenta de la nobleza con que había confesado su falta, cuando tan fácil le hubiera sido mentir, y dejó escapar de repente este grito desgarrador, que no había acudido á su garganta en los días de mayor sufrimiento:

—Pero ¿por qué, Dios mío? ¿Por qué?

Sí, ¿por qué? ¿por qué? Aquella angustia de orden enteramente moral acompañó desde aquel instante á la angustia de la visión física. Huberto comenzó desde entonces á pensar, no ya sólo en su mal, sino en la causa de su mal. Quemar aquellas cartas, desgarrar aquel retrato, romper, tirar la cadena y la sortija, destruir aquellos residuos supremos de su amor le hubiera sido tan imposible como desgarrar con el acero el tembloroso cuerpo de su querida. Aquellos objetos eran para él seres vivientes, con sus miradas, sus caricias y sus palpitaciones. Cerró el cajón, incapaz de soportar por más tiempo la presencia de aquellos objetos, que le parecían formados de la sustancia misma de su corazón. Se tendió en el diván, y se perdió en la sima de sus reflexiones.

Si, Teresa le había amado; Teresa le

amaba. Había visto en ella lágrimas, caricias y ese calor especial del alma que no puede engañar. ¡Le amaba, y le había engañado! ¡Se había entregado á otro con el recuerdo de él en el corazón á las seis semanas de haberse separado de su lado! Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué fuerza había sido impulsada? ¿Qué vértigo la había arrastrado? ¿Qué embriaguez se había apoderado de ella? ¿Cómo era, pues, la naturaleza, no ya de las mujeres de esa especie—en la actualidad ya no se trataba de esas ferocidades de pensamiento,—sino de la mujer, para que fuesen posibles tan monstruosas acciones? ¿De qué carne estaba formada aquella engañosa criatura, en que con todas las apariencias, con todas las realidades del sentimiento, no ofrecía más garantías de seguridad que las que da una barquilla bregando con las embravecidas olas? ¡Qué suaves eran, sin embargo, las manos de aquella mujer, y qué leales parecían! ¡Y, sin embargo, confiarlas el alma, en la seguridad de la afección recíproca, era la más loca de las locuras! ¡Ella os sonríe, os llora, y tal vez al hacerlo se ha fijado ya en el que pasa, á quien, porque la divierta una hora, sacrifica vuestra ternura con apasionados ojos y voluptuosos labios!

¡Ah! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué hay, pues, verdadero en el mundo si hasta el amor es mentira? ¡Y qué amor! Huberto escudriñaba entonces su pasado íntimo; hacía el examen de conciencia de su afecto por Teresa, y se hacía á sí mismo la justicia de que, durante el tiempo de sus relaciones, todos sus pensamientos habían sido para ella. Cierto era que había faltado en algunas ocasiones; pero siempre por ella, y aun en aquellos tristes momentos no podía arrepentirse de aquellas faltas. Huberto hubiera experimentado un alivio en su pena arrodillándose delante del sacerdote que le había educado, diciéndole: «Padre mío, he pecado.» Pero no; estaba muy por encima de sus fuerzas la necesidad de arrepentirse de las acusaciones en las que Teresa, su Teresa, había tomado parte. Sí, la había idolatrado con fervor y sin desconfianza; era su primer amor y sería el último; así lo creía al menos, y así le había mostrado á ella su confianza en la duración de sus sentimientos, con una ingenuidad enteramente desprovista de todo cálculo. Nada había tenido, sin embargo, la influencia necesaria para detenerla en el momento de cometer su infamia, en el momento de olvidar su amor, su fe, sus promesas.

Él parecía respirar súbitamente su aroma,

sentía su impresión sobre todo su sér; luego sentía la resurrección de los celos, dolorosa hasta el tormento, y volvía de nuevo al tema: «¿Por qué? ¿Por qué?» desesperado, torturado como tantos otros por tratar de resolver esa charada sin solución que constituye el alma de la mujer, culpable una vez, culpable dos, culpable hasta que blanquean sus cabellos y culpable hasta su muerte.

Aquella nueva forma de sufrimiento duró días y días. El joven daba pleno acceso en su alma á un sentimiento nuevo que hasta entonces no había sospechado, y que debía sufrir siempre en adelante: la desconfianza. Había vivido desde sus primeros años con una fe completa en las personas y las cosas que le rodeaban. Había creído en su madre, en Dios, en la sinceridad de todas las palabras y de todas las caricias. Había creído, sobre todo, en Teresa de Sauve, á la que en su pensamiento había asimilado á su misma vida. Todo había sido verdad en derredor suyo; por eso el amor de Teresa le había parecido como una verdad suprema, y por eso en la actualidad, por una revolución de su espíritu en que se revelaba el vicio original de su educación, asimilaba á aquella mujer tan falsa todo el resto de su vida. Estaba acostumbrado por su madre á no

conceder nada al escepticismo, y este es, por lo regular, el procedimiento más seguro para que la primera decepción transforme al más crédulo en un escéptico absoluto. No es bueno nunca esperar mucho de los hombres ni de la naturaleza, porque los primeros son animales feroces disfrazados apenas con la piel de las conveniencias sociales, y en cuanto á la segunda, su aparente armonía está formada de una injusticia en la que nunca se observan remisiones.

Para conservar el ideal en sí, hasta que la muerte nos libra, por fin, de la peligrosa esclavitud de los demás y de nosotros mismos, es preciso estar acostumbrados desde pequeños á considerar el universo de la belleza moral como el fumador de opio considera los sueños de su embriaguez.

Lo que constituye su encanto es precisamente que sean sueños y que nada corresponda á la realidad.

Huberto estaba acostumbrado, por el contrario, á manejar su inteligencia como si estuviera formada de una sola pieza, de modo que ni podía dudar ni creer á medias.

Si Teresa había mentido, ¿por qué no había de ser todo mentira?

Aquella idea no se formulaba bajo una for-

ma abstracta, ni él conseguía llegar á ella por los esfuerzos de su razonamiento: era una manera de sentir que sustituía á otra.

Durante aquel periodo cruel se entregaba á dudar de Teresa en su pasado común.

Se preguntaba si su traición de Trouville había sido la primera, y si no habría tenido otro amante más que él durante el tiempo de su más embriagadora pasión.

La perfidia de aquella mujer corrompía hasta sus recuerdos; llegaba á más, bajo la influencia de aquella misantropía: cometía el peor de los crímenes morales: dudaba de la ternura de su madre.

Sí, en aquella apasionada afeción de la señora de Liauran, el desgraciado no veía más que un celoso egoísmo.

—Si me hubiera amado verdaderamente, no me hubiese dicho—pensaba—lo que me dijo.

Se encontraba en ese estado particular del corazón al que el lenguaje vulgar ha dado el tan expresivo nombre de desencanto.

Había acabado de ver la belleza del alma humana, y empezaba á comprender sus miserias, y siempre concluía por ir á parar á su constante pregunta, contra la que chocaba su espíritu como contra la punta de una espada.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Trataba de profundizar el carácter de Teresa sin conseguir una respuesta. Lo mismo le hubiera sido preguntar por qué Teresa tenía sentidos al mismo tiempo que corazón y por qué se establecía en ciertos instantes un divorcio tan completo entre las necesidades de aquel corazón y la tiranía de aquellos sentidos, como ocurre frecuentemente en los hombres. Los calaveras, en quienes el libertinaje no ha matado el sentimentalismo, conocen el secreto de esos divorcios; pero Huberto no era un libertino. Debía permanecer puro, aun en su desesperación, y nunca se le ocurrió la idea de buscar el olvido de sus sufrimientos en la embriaguez de besos sin amor. Ignoró siempre las tentaciones de las alcobas venales y consoladoras, en las que se dejan, en efecto, los sentimientos, pero perdiendo á la vez el ideal.

Y sin embargo, como era joven, como en su intimidad con Teresa había contraído la costumbre del más ardiente placer, el que exalta á la vez el espíritu y el cuerpo en una unión divina, después de algunas semanas de punzantes dolores y de tristísimas reflexiones, comenzó á experimentar el oscuro deseo, el apetito inconfesable de aquella mujer, de la

que no quería saber ya nada, á la que debía considerar como muerta y á la que tan absolutamente despreciaba.

Aquel extraño é inconsciente retorno hacia las delicias de su amor, retorno al que ningún ideal ennoblecía ya, se manifestó por una de esas curiosidades que brotan de las profundidades insondables de nuestro sér. Experimentó una ardiente necesidad de conocer al hombre que había sido el amante de Teresa, á aquel La Croix-Firmin, al que su querida se había entregado, en cuyos brazos se habría ella estremecido de voluptuosidad, como en sus propios brazos.

Para un director de su conciencia que hubiese seguido, periodo por periodo, el estrago que iba produciendo en aquella alma el fermento de corrupción inoculado en ella por la traición de Teresa, aquella curiosidad hubiera sido, sin duda, el síntoma más decisivo de una metamorfosis completa de aquel joven que había crecido entre todos los pudores. ¿No era acaso el paso del horror absoluto al mal, tormento y gloria de los seres vírgenes, á esa especie de atractivo que aún existe, pero que está ya tan vecino á la depravación? Era, sobre todo, la terrible complacencia de la imaginación en la impureza de una mujer deseada.

da, que quiere que, por una de las más tristes leyes de nuestra naturaleza, la prueba de la infidelidad, que pone en ridículo al amante y deshonra á la querida, avive con frecuencia el amor.

Es probable que en ese caso la idea de la perfidia obre á la manera que lo hacen los cuadros lascivos, y sólo así pueden aplicar esos accesos de sensualidad en el odio que sorprenden los moralistas en el curso de ciertos procesos, originados por los dramas de los celos. Ciertamente que el pobre Huberto no era el más á propósito para dar cabida en su corazón á tantas bajezas; pero era, sin embargo, ciertísimo que su curiosidad de conocer á su rival de Trouville se iba haciendo irresistible. La sentía tan imperiosamente como la falta de Teresa. Era la tenebrosa, la inestructible memoria de la carne que agita, á pesar suyo, al sér á quien domina. Había algo de recuerdo de todas las caricias prodigadas y recibidas desde la noche de Folkestone en aquel deseo de dirigir sus miradas á la existencia real del hombre odiado.

Esta idea llegó á hacerse tan punzante y tan acerba que, después de haber luchado mucho tiempo, Huberto no pudo resistir más y se decidió á complacerse á sí mismo en

aquel deseo. He aquí el procedimiento casi infantil que empleó para realizar su singular deseo. Calculó que La Croix-Firmin debía pertenecer á alguno de los círculos de moda, y, efectivamente, encontró en seguida su nombre y las señas de su casa en un Anuario de un club elegante. Al club acudió para saber si su personaje se encontraba en París. La respuesta fué afirmativa. Huberto hizo un escrupuloso reconocimiento de la calle de La Peyrouse, en cuyo núm. 14 triplicado habitaba su rival, y bien pronto se convenció de que, situándose en la acera de una de las plazas á las que separa esta calle, podría vigilar la casa, un hotel de dos pisos que no contenía ciertamente más que un pequeño número de inquilinos.

Se propuso apostarse allí una mañana; esperaría hasta el momento en que viera salir á un hombre que le pareciera el que él buscaba. Entonces preguntaría al portero, bajo cualquier pretexto, y éste le informaría sin duda alguna de lo que deseaba. Era un medio de sencillez primitiva, y todos los que han tenido en su juventud un culto apasionado por algún escritor célebre reconocerán las mismas sencillas astucias que ellos empleaban para admirar á su ídolo.

Si aquel plan fracasaba, Huberto se proponía dirigirse á algún conocido que indudablemente habia de tener entre los numerosos miembros del círculo; pero le repugnaba mucho este medio... Se había colocado, pues, de centinela en el puesto elegido, y allí estaba desde las nueve de la mañana y con un frío de Diciembre. El tiempo estaba seco y el día era claro; el cielo estaba despejado y de un color azul pálido, y aquel barrio casi elegante, casi exótico, se veía animado por el ir y venir de los proveedores y los palafreneros.

De la casa que examinaba Huberto vió salir sucesivamente á varios criados, una señora anciana, un niño seguido de su preceptor, y por fin, á las once y media, á un hombre joven aún, de estatura regular, elegante aspecto, delgado y robusto á la vez, envuelto en un abrigo forrado de piel de nutria.

Aquel hombre acababa de abrochar su cuello, dirigiéndose en línea recta hacia el sitio en que estaba Huberto. Este se adelantó á su vez, y pasó rozando con el desconocido. Vió un perfil un poco vasto, con bigotes de color de oro bruñido, y en el rostro, que la impresión del frío coloreaba ya, unos ojos ligeramente irritados, con la mirada de un vividor que se ha acostado muy tarde, después de una

noche pasada en la sala de juego ó en otra parte peor. Un estremecimiento inexplicable precipitó al celoso amante hacia el hotel.

—¿El señor de La Croix-Firmin?—preguntó al portero.

—El Sr. Conde no está en casa—contestó el interrogado.

—Pues me había citado á las once y media, y vengo con toda puntualidad—replicó Huberto sacando su reloj. —¿Hace mucho tiempo que ha salido?

—Pues el señor ha debido encontrarle. El señor Conde, no hace cinco minutos que ha salido; aún no debe haber vuelto la calle.

Huberto sabía lo que quería saber. Se precipitó por donde había cruzado La Croix-Firmin, y después de haber dado algunos pasos, percibió de nuevo al Conde, que se disponía á tomar la acera de la avenida por la parte del Arco del Triunfo. ¡Él era! Huberto le seguía desde lejos lentamente, y le miraba con una especie de angustia devoradora. Le veía andar con elegante paso, con agilidad fina y robusta á la vez. Se acordaba de lo que había pasado en Trouville, y cada uno de los movimientos de La Croix-Firmin reavivaba la imagen de una atormentadora visión.

El pobre joven, delgado y débil, se compa-

raba mentalmente con aquel fuerte y arrogante mozo, que le llevaba en estatura casi la mitad de la cabeza y andaba con aquella agilidad, llevando su bastón á la inglesa, cogido por el centro y á cierta distancia de su cuerpo, bajo el hermoso cielo de aquella mañana de invierno, con paso que demostraba el conocimiento que tenía de su fuerza.

La comparación explicaba perfectamente las causas determinantes de la falta de Teresa, y por primera vez percibió el joven aquellas causas martirizadoras en su verdadera brutalidad.

—¡Ah! ¿El por qué? ¿El por qué? ¡Hele aquí!—pensó mirando con envidia dolorosa á aquel sér tan enérgico.

Aquella primera emoción fué demasiado amarga, y el infeliz joven iba ya á renunciar á su persecución, cuando vió á La Croix-Firmin subir á un coche, y él tomó otro.

—Seguid á ese carruaje—dijo al cochero.

La idea de que su enemigo fuese á casa de Teresa acababa de devolver á Huberto todo su frenesí. Se asomaba de cuando en cuando á la portezuela de su coche y veía rodar al que conducía su rival. Era una berlina con ruedas amarillas, que bajó por los Campos Eliseos, siguió por la calle Real, se internó en

la calle de Saint-Honoré y luego se detuvo delante del café Voisin. La Croix-Firmin iba sencillamente á almorzar. Huberto no pudo menos de sonreirse ante el ridículo resultado de su curiosidad. Maquinalmente entró también en el restaurant. El joven Conde se había instalado ya delante de una mesa, en compañía de dos amigos que le estaban esperando. No había más que otra mesa desocupada en un extremo de la sala, y ante ella se sentó Huberto.

No podía oír desde allí la conversación de los tres comensales por impedírsele el ruido propio del restaurant, pero sí podía estudiar la fisonomía del hombre á quien detestaba. Pidió al mozo que le sirviese cualquier cosa de almuerzo y se abismó en esa especie de análisis que conocen los observadores de gusto y de profesión, los que entran en un teatro, en un salón de fumar ó en un vagón con el exclusivo deseo de ver funcionar las fisiologías humanas, de seguir en los gestos y en las miradas, en los silbidos y en las actitudes, las instintivas manifestaciones de los temperamentos. A veces llegaban á los oídos de Huberto algunas palabras pronunciadas en voz alta por cualquiera de los tres interlocutores; pero ni siquiera se fijaba en ellas, abismado

como estaba en la contemplación del hombre en sí mismo, de aquel hombre aborrecido al que veía casi de frente, con sus ojos atrevidos, su cuello un poco corto y sus fuertes mandíbulas.

La Croix-Firmin había entrado con aspecto de cansancio y de preocupación; pero desde la primera mitad del almuerzo, el trabajo de la digestión había empezado á manifestarse en su rostro por un aflujo de sangre al mismo. Comía despacio y mucho, con esa lentitud propia de los gastrónomos. Reía estrepitosamente. Sus manos, con las que manejaba enérgicamente cuchillo y tenedor, eran robustas y lucían dos sortijas. En su frente, cuya estrechez exageraban cortos bucles de cabellos, no debía haber brillado jamás la llama de un pensamiento algo elevado. Todos estos detalles formaban un conjunto que, aun á la hostil mirada de Huberto, no estaba exento de belleza masculina y robusta; pero era la belleza brutal de un sér formado únicamente de carne y sangre, muy poco á propósito para mantener, ni siquiera para provocar por un momento, la ilusión de una persona delicada. Decir que una mujer se había entregado á aquel hombre era afirmar que había cedido á un instinto de

orden enteramente físico. Cuanto más se identificaba Huberto con aquel temperamento por medio de la observación, más evidente le parecía esto. Interpretaba entonces mejor que lo había hecho hasta aquel momento la doble naturaleza y se daba cuenta con horrorosa certidumbre de la ambigüedad de sus sentimientos.

Entonces fué cuando empezó á elevarse en su corazón el más triste, pero también el más noble de los sentimientos que había experimentado desde su aventura, el único que era verdaderamente digno de lo que había sido antes su alma, ese sentimiento que demuestra al hombre que, á pesar de todas las perfidias de la mujer, no ha perdido del todo el corazón: la piedad. Un enternecimiento de amargura y de melancolía infinitas iba invadiendo su alma á la idea de que la encantadora criatura que él había conocido, su amante silenciosa y tímida, como él la llamaba, la que se había mostrado tan delicadamente fina en el arte de agradarle, se hubiese entregado á las caricias de aquel hombre. Recordó de repente las lágrimas de la noche de Folkestone, las lágrimas también de la última entrevista; y como si por fin hubiese comprendido el sentido de ellas, no encontró en su